"LA CULTURA ARGENTINA"

MARTÍN GARCÍA MÉROU

Recuerdos Literarios

Con una introducción de
RICARDO MONNER SANS



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

I

No es esta la primera vez que he señalado, como uno de los fenómenos más deplorables de nuestra vida nacional, la dedicación cada vez menor que consagra nuestra juventud al cultivo y florecimiento de los intereses intelectuales. En este sentido—escribía hace dos años—la República Argentina contrasta de una manera evidente con la mayoría de las naciones sudamericanas. En Chile como en el Perú, en Bolivia y el Brasil como en Colombia y Venezuela, existen y prosperan revistas y asociaciones literarias que cuentan entre sus miembros con los más distinguidos autores y publicistas de cada localidad. El nombre de muchos de estos escritores ha salvado las fronteras de su patria y ha adquirido en el viejo mundo una envidiable reputación. Miguel Antonio Caro, Rufino Cuervo, Rafael Pombo y tantos otros en Colombia; Escobar, Pardo, Gutiérrez Coll, en Venezuela; Matta, Lastarria, Gonzalo Bulnes, De la Barra, en Chile; Palma y Paz Soldán, en el Perú, pertenecen a este núcleo eminente y gozan de la fama justiciera a que los han hecho acreedores sus talentos y sus trabajos. Junto a ellos, podemos mostrar nosotros una brillante pléyade de poetas, periodistas e historiadores, los unos apartados de la vida activa en el retiro de sus gabinetes de estudio, los otros en plena juventud militante, y en toda la

exuberancia de sus facultades. Pero éstos como aquéllos permanecen aislados, olvidados u oscurecidos momentáneamente, por la agitación y el tumulto de preocupaciones de otro orden. No tienen oportunidad de encontrarse en un centro común. Carecen de estímulo y de apoyo público. En el fondo de su vida silenciosa se siente el germen de un profundo desencanto.

Para explicar esta situación se invoca la absorción de los intereses materiales; se menciona la necesidad de trabajar antes de consagrarse al cultivo de las letras y de las artes; se recuerda, por último, el ejemplo de los Estados Unidos. Sin embargo, en sociedades como la nuestra en que la improvisación y el derrumbe de las fortunas, los hábitos de dilapidación que caracterizan a nuestra raza, las facilidades para la vida, son otros tantos alicientes a la pereza y el agio, al indiferentismo social y a la sensualidad en que caen al fin los pueblos en decadencia,—el culto de las letras en su acepción más lata y general, el amor a los trabajos del espíritu que ennoblecen al hombre y elevan su pensamiento,—se impone como un refugio contra las tentaciones a que está expuesta la juventud, y una barrera insalvable contra el apocamiento del carácter, y las deformaciones que sufren esas almas que, sin temple para afrontar la lucha, se ofrecen como una cortesana a las caricias del seductor.

Los Estados Unidos, por otra parte, están bien lejos de desdeñar el desarrollo de los intereses intelectuales. Sus letras tienen representantes notables en todas las ramas de la producción inteligente. Las antologías y colecciones literarias registraban ya hace treinta o cuaranta años más de *doscientos* poetas, como lo hace notar el crítico Hallberg, entre los cuales son universalmente conocidos: Bryant, Longfellow, Emerson, Lucrecia Da-

vidson y Mistress Sigourney. ¿Para qué mencionar a Irving, el doctor Channing, Prescott, y tantos otros que sobresalen como historiadores, críticos o novelistas? Es en el seno de esa civilización que la ignorancia presenta como refractaria a todo arte y enemiga de toda fantasía, donde ha brotado el genio extraño y diabólico de Edgard Poe, con sus espectros de ultratumba y sus alucinaciones de sonámbulo, con el acre perfume de su poesía enigmática y turbadora, con la nebulosidad y el espanto de sus pesadillas trágicas que responden a la distancia a las creaciones visionarias de Hoffman. California misma exhibe con orgullo su poeta, que entona el *Canto de las Sierras* y desentraña los *Poemas del Pacífico*, aquel Joaquín Miller cuyo talento ha sido definido por Philarète Chasles con admirable vigor: "Su genio es nuevo, lleno de empuje, original y variado; es un poeta involuntario. En la época presente en que cada cual parodia a su manera el genio por la voluntad y la originalidad por el esfuerzo, he ahí una curiosidad extraña. Es tan abundante como Lamartine en descripciones animadas y completas: tan conmovedor como Musset; pero en conjunto, confuso, enorme, fangoso; un boceto de Goya, en que el talento se expande en ondas turbias".

Esta indiferencia general por los trabajos del espíritu, esta anarquía deplorable que mata en sus principios toda asociación intelectual, está lejos de responder al estado de cultura a que hemos alcanzado y constituye un síntoma que debe tener en cuenta el sociólogo al estudiar los rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional, así como el origen más inmediato de muchos de nuestros males presentes. Prosperan los hipódromos y los clubs en que corre el dinero sobre el tapete de las mesas de juego, y las sociedades científicas que existen entre

nosotros llevan una vida anónima y empobrecida. No se señala la aparición de ninguna personalidad literaria nueva que prometa frutos para el porvenir. Sarmiento lanzó un día la idea de la traducción al español de la *Biblioteca Científica Contemporánea* y hasta hoy no se ha iniciado un movimiento tendiente a llevar a cabo esta noble y patriótica tarea. Ella nos parece, sin duda, indigna de ocupar el tiempo consagrado a las diversiones. Además, nuestra indiferencia se complica con un sentimiento de desdén por los escasos estadistas que en nuestro país consagran sus veladas al cultivo de su inteligencia y a la producción de obras monumentales. No queremos saber que los grandes pensadores como Buckle, Mackintosh y Kant nos enseñan que en las sociedades "el motor real es el agente intelectual", y que el primero de ellos escribe estas líneas admirables en su sencillez de expresión y verdad de pensamiento:

"En estos volúmenes me comprometo a demostrar que los progresos que la Europa ha hecho desde el estado de barbarie hasta la civilización se deben enteramente a su actividad intelectual; que los principales países han llegado hoy, después de muchos siglos, a un punto bastante avanzado para eludir la influencia de los agentes físicos que, en el estado primitivo, hubieran podido poner trabas a su carrera; en fin, que a pesar de la potencia aun subsistente de las influencias morales, a pesar de las agitaciones accidentales que ellas causan todavía, todo ello no son sino aberraciones que, si acercamos largos espacios de tiempo, se balancean mutuamente, y, en fin de cuentas, desaparecen por completo: de tal suerte que, considerando todo bajo un punto de vista extremadamente amplio, los cambios que se operan en los pueblos civilizados no dependen en su conjunto sino de tres cosas: la primera, la suma de conocimientos adquiridos por los ciudadanos más capaces; la segunda, la dirección que toman esos conocimientos, es decir, el género de temas con los cuales se relacionan; la tercera y principal, la extensión del círculo en el cual se esparcen estos conocimientos y la libertad con la cual penetran en todas las clases de la sociedad".

II

Entretanto, todas las tentativas hechas hasta hoy entre nosotros para formar un núcleo intelectual, un centro de especulaciones artísticas y literarias, han fracasado de una manera deplorable. Los mismos que han tomado iniciativa de estos movimientos efímeros se han desencantado en su mayor parte y los que no duermen hoy en la tumba, han concluído por abandonar la partida. ¿Por qué no escriben en nuestra patria hombres de la talla de Goyena, de López y Cané, literatos de tradición y de raza, espíritus selectos y finos, que podrían haber enriquecido ya nuestra literatura con un caudal considerable de obras interesantes y hermosas? Un abatimiento general, una *non curanza* culpable hace callar a Guido, a Coronado y a Obligado, por falta de público que los escuche o los comprenda. ¡Cuántos bellos poemas que mueren así en germen, sin llegar a desplegar las alas y aspirar la luz franca y viva de un sol primaveral! ¡Cuántos talentos escogidos que viven en la sombra, aturdidos por el insulso palabrerío de los escritores de pacotilla, cuyo cerebro relleno de aserrín es incapaz de producir una idea original o realizar una forma encantadora! Es contado el número de lectores inteligentes y concienzudos que conocen a fondo las obras de Mitre, Sarmiento y López, estas altas personalidades intelectuales que honran a

nuestra patria, honrándonos a nosotros mismos. Y si esto sucede con ellos, ¿qué sucederá con los escritos de Alberdi o de Gutiérrez, de Lamas o de Rawson, de Vedia o de Estrada? ¡Qué bellos estudios y artículos de crítica justiciera hubiera ocasionado en otro país la publicación de un libro como la *Historia Financiera de la República Argentina*, que aquí ha pasado poco menos que inadvertida, a pesar de ser una obra magistral! Y lo mismo decimos con los *Discursos de Rawson*, con la mayor parte de las publicaciones de nuestros viejos y jóvenes historiadores, con los libros de doctrina y erudición que acusan un alto desarrollo intelectual y una gran dedicación, como los *Comentarios al Código Penal*, de Rodolfo Rivarola. En cambio, se aceptan bajo la fe de la reputación adquirida y repartida por algún cenáculo de admiración mutua los engendros extravagantes de cualquier Dulcamara de la literatura o de la política, que empuñando su brava pluma de zapatero, clavetea una prosa de doble suela y pasa a los ojos de este público sin malicia como un dechado de vigor y de energía!

La pasión de las letras, por eso, se convierte entre nosotros en la más ingrata de las aficiones. El que se abandona a ella debe acostumbrarse desde temprano a no encontrar ni buscar otros placeres que los que nacen de la satisfacción íntima del trabajo intelectual. Eso me ha pasado a mí, como a tantos otros, desde el tiempo que empieza a alejarse ya, en que me sentí invadido por esta especie de mal incurable de borronear páginas sobre páginas, o, como decía el autor de *Fortunio*, *mettre du noir sur du blanc*. Inolvidables entusiasmos los de aquella época feliz, en que, sin tener todavía quince años, entraba a la literatura por la puerta de la trastienda, encorvado en el oficio manual, corrigiendo en compañía de un poeta chispeante,

Casimiro Prieto, las pruebas de *La Nación*, para ascender pronto a redactor de los folletines del Jueves, firmados por *Juan Santos*. Impresiones que no se borrarán jamás de mi espíritu las de esa primera relación con los tipos de plomo, la de esa atmósfera de los grandes diarios, con su acre perfume de papel mojado y de tinta de imprimir, y esa agitación incesante, ese hormigueo continuo de colmena afanosa, que excita las imaginaciones más lentas, y sirve de inspiración a los temperamentos más apáticos. Mi estadía en el personal de aquel diario, que empezaba entonces a tomar el vuelo que lo ha llevado a la cumbre, fortaleció en mí la tendencia latente que me impulsaba a la literatura. El medio no podía ser más grato, con las palabras alentadoras de aquel dulce y malogrado Adolfo Mitre, cuya imagen vive rodeada de suavidad y de encanto en el alma de todos los que fueron sus amigos; con la compañía y la ayuda del simpático Lugones, periodista de temperamento y de vocación, que hoy estaría en la primera fila de nuestros hombres de pluma; y con la aprobación tácita del ilustre periodista que seguía con interés el desenvolvimiento intelectual de los jóvenes que lo rodeaban, sin escasear sus lecciones y sus consejos escuchados con respetuosa consideración por todos los que lo veíamos, con la frente siempre inclinada sobre los volúmenes de su biblioteca, como si quisiera hacer suya la divisa de Apeles: *Nulla deis sine linea*.

La figura del general Mitre llenaba, en efecto, el fondo de aquel cuadro de labor infatigable. Con su marcha pausada y tranquila ocupaba a veces un sitio en nuestra mesa de correctores, para dejar en las pruebas de los editoriales la marca de fábrica del maestro, en algunos rasgos característicos trazados con lápiz de dos colores. Pasaba de

largo, en otras, absorbido en preocupaciones diver-
sas, pero su presencia latente o visible, de lucha
dor de treinta años, de escritor infatigable, de eru-
dito *sin miedo y sin reproche,* hacía de aquella ca
sa un centro genuinamente intelectual. Es necesa
rio añadir que, dada mi juventud y mis aficiones,
el natural respeto que inspira el general Mitre a
todos los que conocen la integridad de su carácter
y la potencia de sus facultades, se unía en mí a esa
ciega admiración que los principiantes en el difí-
cil arte experimentan por los que han pasado el
Rubicón y tienen una gran fama adquirida. Ese
prestigio del genio triunfador que, según refiere
Gautier, hacía temblar sus piernas al entrar en ca
sa de Víctor Hugo, ha ejercido siempre sobre mí
una influencia decisiva. Balbuciente y temeroso,
hacía al general Mitre alguna consulta de un pun-
to histórico o literario, consulta que daba motivo
para una ascensión por la estrecha escalera de ca-
racol que conducía a las piezas altas de la gran
biblioteca, donde la afabilidad inalterable del emi-
nente historiador no bastaba para disipar las con-
tracciones de mi timidez enfermiza. Pero el mismo
espectáculo de aquel santuario de las letras, de aquel
recinto cuyas paredes rebosaban de obras en una pro-
fusión inmensa, era un gran aliciente para vencer
esas horas negras del desaliento inevitable en todo
el que maneja una pluma, desaliento que tantas ve-
ces paraliza la acción, enerva la sensibilidad y aca-
ba por hacer cruelmente dolorosa o de todo grado
imposible la producción.

III

A esta influencia moral que obraba sobre mi imaginación por medio del ejemplo, debo añadir la de un hombre de espíritu delicado, de talento vasto y flexible, sólido y elegante al mismo tiempo, a quien podría llamarse con justicia "maestro impecable" de nuestras letras. El doctor Pedro Goyena, por cuya cátedra han pasado varias generaciones argentinas, ha alentado mis primeros pasos en la vida literaria, dándome en aquella época, sin término ni medida, la enseñanza más agradable para mí, la que me venía de su ciencia literaria envuelta en las delicadezas exquisitas de un buen gusto de crítico refinado, que es al mismo tiempo un artista de la palabra escrita y hablada. Nuestras charlas interminables se prolongaban hasta altas horas de la noche, recorriendo unas veces las calles de la gran metrópoli, y otras paseando en el estudio del abogado y el profesor de derecho romano, que olvidaba por algunas horas el Digesto y las leyes de las Doce Tablas para entrar de lleno en la teoría literaria y profundizar con acierto todos los elementos de la producción intelectual. La crítica y la poesía, las últimas obras publicadas, y las que perteneciendo al pasado forman el grupo clásico y la base de toda educación literaria, daban pábulo y alimento a la conversación, brillante, ondulosa, agradable y espiritual unas veces, profunda y sen-

estas admirables palabras de Juan Pablo: "Levantad siempre el espíritu de la juventud, porque él como las campanas, resuena tanto más cuanto mayor es la altura a que se eleva de la tierra".

XVII

Canta, ¡oh Musa! la leyenda del *Círculo Científico Literario,* y las comidas inolvidables de *La Bohemia,* estoy tentado de exclamar al engolfarme en esta parte de mis recuerdos. Pero es necesario moderar el entusiasmo para tratar de hacer revivir tantas escenas curiosas, tantas jóvenes y vivaces inteligencias, tantas fisonomías esfumadas por el tiempo, y otras, ¡ay! para siempre perdidas en la muerte. Allí se encontraba la flor y nata de la nueva generación literaria: allí se hablaba y discutía de *omni re scibili* con igual audacia y suficiencia; allí se codeaban todas las profesiones y todas las creencias, en una confusión pintoresca: allí, por último, se vivía vida juvenil, alegre y estudiosa, llena de grandes y nobles ideales, de propósitos levantados y de aspiraciones sublimes.

En aquella fragua se forjaban versos acerados y brillantes, que salían a lucirse en todas las fiestas de la época, e iban a enternecer el corazón de un inmenso número de incógnitas Dulcineas. En aquel centro se fundaban sólidas reputaciones de un día y se repartía la gloria y el talento con munificencia de príncipes. Era necesario pertenecer al escogido núcleo del Areópago, para tener amigos que lo escuchasen y plumas que supieran elogiarlo. Las rivalidades literarias no excluían la amistad y el

compañerismo. Por una convención, nos considerábamos iguales porque nos considerábamos superiores, y en nuestra categoría de soberanos, no cabían cuestiones de *préséance*. Pero en esa homogeneidad entraban toda clase de especialidades individuales. Había oradores puros, poetas, críticos, novelistas, periodistas, etc., etc.; o, por lo menos, titulados así, y todos respetábamos la etiqueta. Ernesto Quesada, por ejemplo, representaba la erudición políglota, germánica, copiosa y desbordante; Carlos Monsalve, la fantasía hoffmánica, diabólica, macábrica de un soñador de la familia de Edgard Poë; Benigno B. Lugones, era la síntesis del periodista, el que no tiene necesidad de acercarse, con el sombrero en la mano, a las redacciones de los diarios para pedir un lugarcito vacante donde arrinconar algún producto más o menos legítimo de la farmacopea literaria, el que gana su vida con la pluma en la mano, vendiendo ideas, párrafos e imágenes como se vende en el mercado zapallos, papas y cebollas; Rodolfo Araujo Muñoz, gran apasionado de la Grecia y lector asiduo de la *Historia de Alcibíades*, de Enrique Houssaye, representaba el historiador; Adolfo Moutier era el cosmopolitismo intelectual, el exotismo, descubierto por Bourget y los críticos contemporáneos, rozaba todos los temas, invadía todos los terrenos sin permanecer en ninguno, gran catador de bellezas y sobre todo conversador brillante, infatigable e inventor de teorías extravagantes pero profundamente filosóficas. Y podría alargar esta lista, durante muchas páginas todavía; pero no lo hago porque ya irán destacándose los concurrentes al *Círculo* en el curso de mis recuerdos.

El *Círculo Científico Literario* era el heredero directo de la sociedad *Estímulo Literario* que acababa de morir y a la cual pertenecieron, si la memoria no me es infiel, el actual y distinguido Ministro

de Justicia, Dr. Juan Carballido; el Dr. José María Jorge, médico notable que sigue las huellas de nuestro gran poeta Ricardo Gutiérrez y está consagrado a aliviar los males de la infancia, Achaval, Coronado, etc. Bautizado primeramente con el nombre de *Sociedad Ensayos Literarios*, aquel centro nació en los claustros del Colegio Nacional, en una de cuyas clases se reunía los domingos. Publicó una primera revista, hoy dificilísima de encontrar, que he visto con estupefacción en casa de Adolfo P. Carranza. Después de un corto tiempo de vida próspera, el fatal destino que parece perseguir a todas nuestras asociaciones del mismo género llevó a la sociedad a un paso de la tumba. Felizmente, su muerte no fué sino aparente, un *sueño invernal* semejante al de algunos animales de sangre fría; y después de algún tiempo de letargo, volvió a renacer bajo su nuevo nombre, *Círculo Científico Literario*, que, me apresuro a decirlo, nada tiene de común con el que así se denomina en la actualidad. En esa época ingresé en sus filas, teniendo el honor de asistir y tomar parte en las campañas de aquella legión intelectual, como uno de sus más humildes y oscuros combatientes. ¿Quién creen mis lectores que presidía al *Círculo* en el tiempo de mi incorporación? Su gravedad actual, el alto puesto que ha logrado ocupar en la ciencia médica argentina, de la cual es un valioso elemento que honra a nuestra Facultad, hace difícil la adivinación para quien no está en el secreto. Y, sin embargo, nada es más cierto que el Dr. Juan R. Fernández, conocido y estimado por todo Buenos Aires, autor de una notable obra sobre *Fiebre puerperal*, era entonces presidente de aquella reunión de estudiantes y literatos, cada uno de los cuales, como los soldados del Imperio, creía llevar en su mochila su bastón de mariscal. Fernández, en aquel tiempo, se limita-

ba a ser un estudiante eximio, con ribetes de inventor. Había resuelto, de una manera ciertamente ingeniosa, el problema imposible del movimiento perpetuo, fabricando un aparato que, por un sistema adecuado de pesas, giraba sin interrupción. La presidencia de Fernández fué seguida por la de Julio E. Mitre, y más tarde por la de Alberto Navarro Viola. El *Círculo* salió de las aulas del Colegio para reunirse, una o dos veces, en la sala de redacción de *La Nación*, muchas otras en casa de Julio E. Mitre, y finalmente en su local propio, calle Salta 350. Fué durante las reuniones en casa de Mitre que tuvieron lugar las célebres discusiones entre clásicos y románticos, de que me ocuparé más adelante.

XVIII

Julio E. Mitre, muerto no hace mucho tiempo en plena juventud, era una de las grandes personalidades literarias de aquel tiempo. Su carácter severo y suave, sombreado por una nube de melancolía, lo hacía querer de todos sus amigos y compañeros. Estudiaba medicina y escribía versos melodiosos, tranquilos, que aun hoy se leen con encanto y que entonces se destacaban entre los nuestros por su corrección y su gracia envuelta en crespones de tristeza. Reía poco. Tomaba las cosas de la vida con austeridad y resignación. Había leído mucho los clásicos españoles, sin que por eso le fueran menos familiares los poetas franceses. Su voz grave, de timbre sonoro y metálico, resonaba en todas las discusiones, con cierta unción de moralista que daba un tinte característico a sus disertaciones.

Por el género de su poesía, se acercaba a las elegías de Gautier, a esos cuadros de interior sencillos y alumbrados por una luz discreta, cuyos detalles resaltan y son exhibidos con amor por la pluma del escritor. Su estilo carecía de grandes arranques y de exaltación lírica inmoderada; se mantenía siempre en un justo medio de razón y de cordura, sin disminuir por eso el vuelo de sus inspiraciones. *El adiós del pasado* sintetiza perfectamente la índole de su forma poética, la dulzura de su expresión, y el arte con que labra la estrofa:

XXIII

En el curso de estos recuerdos me he referido más de una vez a las discusiones memorables entre *clásicos* y *románticos* que tuvieron lugar en el *Círculo Científico Literario*. Ernesto Quesada, en uno de sus artículos de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, ha dicho de ellas lo siguiente: "nuestra juventud lee con pasión a los adalides de 1830, de los que Musset es el ídolo y Víctor Hugo el pontífice; Gautier, para muchos un modelo, y el recuerdo de Gerardo de Nerval y del Cenáculo, un objeto de sincero culto literario. Puede decirse, casi a ciencia cierta, que tal es la tendencia de una gran parte de nuestra juventud más inteligente. Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses. Se adora, pues, a dioses y a ídolos que fueron. De ahí que los socios del extinguido *Círculo Científico Literario* recuerden aún las memorables sesiones de Agosto de 1878 en que se discutió con acaloradísimo entusiasmo la famosa cuestión del romanticismo de 1830". A su turno, José Nicolás Matienzo tambien le consagra algunos párrafos al ocuparse de las *Poesías* de Adolfo Mitre. "El campo — escribe — estaba ocupado por dos fracciones: los unos abrazaban con ardor la causa del romanticismo, los otros la del clasicismo. Se discutió mucho con ese interés desinteresado de la primera juventud, a quien todavía no solicitan con fuerza poderosa los móviles

egoístas que imperan generalmente en la edad madura. Ambas fracciones hicieron esfuerzos de elocuencia y de erudición. Los románticos leyeron y releyeron el monumental prefacio de *Cromwell* de Víctor Hugo, y no perdían de los labios los nombres de Byron, Lamartine, Heine, Musset y Gautier. Los clásicos alzaron por bandera las obras maestras de la antigüedad y del Renacimiento. No podré decir imparcialmente quién triunfó, si los románticos o los clásicos, porque yo fuí de los primeros, pero sí puedo decir que la mayoría estuvo por el romanticismo. Y era natural. El romanticismo, a pesar de sus exageraciones, representaba la libertad, alma del mundo moderno, culto de los corazones jóvenes, en quienes la vida sobreabunda y que no pueden concebir trabas para sus manifestaciones legítimas''.

Por primera vez, en efecto, se suscitaba entre nosotros una cuestión de alto interés intelectual. ¿Por qué extraño concurso de circunstancias los miembros de una generación tan joven resucitaban problemas que fueron puestos sobre el tapete cuando Esteban Echeverría regresaba de Francia, en la época en que se daba allí la *batalla de Hernani?* La generación que nos había precedido en la vida pasó los años de su primera educación en medio de los escombros humeantes de un país en vías de organización y consagró a la política y a la vida activa una gran parte de sus facultades. Fué la nuestra la que introdujo y puso en moda querellas antiguas pero interesantes, que dormían en el pasado, dándoles una importancia real y efectiva para el desenvolvimiento de nuestras letras nacionales. En la discusión del *Círculo* nos arrojábamos a la cabeza, los unos a los otros, citas de Sainte-Beuve y Nizard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier: revelábamos el estudio detenido de las grandes obras de la literatura moderna francesa, inglesa y alemana, y apoyábamos nuestros argumentos en los principios de la estética y la filosofía.

Digámoslo de una vez por todas: en aquel grupo de jóvenes argentinos no se traían al debate sino autores extranjeros. Estábamos dominados por la influencia europea. En aquella discusión célebre casi no quedó literato notable del viejo mundo que no acudiera a deponer, solicitado por alguno de nosotros. Y, sin embargo, nadie recordó el artículo de Echeverría sobre este tópico palpitante, en el cual se leen las siguientes palabras: ''El espíritu del siglo lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar de la independencia, no sólo política sino filosófica y literaria; a vincular su gloria no sólo en libertad, en riqueza y en poder, sino en el libre y espontáneo ejercicio de sus facultades morales y de consiguiente en la originalidad de sus artistas. Nosotros tenemos derecho para ambicionar lo mismo y nos hallamos en la mejor condición para hacerlo. Nuestra cultura empieza: hemos sentido sólo de rechazo el influjo del clasicismo; quizá algunos lo profesan, pero sin séquito, porque no puede existir opinión pública nacional sobre materia de gusto, en donde la literatura está en embrión y no es ella una potencia social. Sin embargo, debemos antes de poner mano a la obra saber a qué atenernos en materia de doctrinas literarias y profesar aquellas que sean más conformes con nuestra condición, estén a la altura de la ilustración del siglo y nos trillen el camino de una literatura fecunda y original, pues, en suma, como dice Hugo, el Romanticismo no es más que el Liberalismo en literatura''.

Los adalides que tomaron parte en la batalla eran Alberto Navarro Viola, Eduardo L. Holmberg, Manuel Díez Gómez, Adolfo Moutier, Enrique García

Mérou, Ernesto Quesada, Julio E. Mitre, Luis María Drago, Víctor Manuel Molina, Adolfo Mitre, los dos Rivarola, Carlos Monsalve, Nolasco Ortiz Viola, Eduardo Sáenz, Ramón A. de Toledo, Rodolfo Araujo Muñoz, Benigno B. Lugones, José Nicolás Matienzo, etc., etc. He hablado ya de algunos de ellos. Los que, en bandos opuestos, llevaban la palabra, fueron Ernesto Quesada y Enrique García Mérou, pero casi no quedó un solo miembro del *Círculo* sin tomar participación en el debate. Rivarola (E.) y yo éramos secretarios. Los discursos de Matienzo, Mitre, Díez Gómez, Moutier, Rodolfo Rivarola, etc., eran notables, nutridos y abarcaban la cuestión bajo todas sus fases. Ernesto Quesada combatía a Musset, considerándolo el representante genuino de la generación de 1830. ¡Qué briosas defensas se hicieron del poeta de *Rolla* y *Namouna!* Con todo, aquella interesante controversia se mantuvo en los límites de la más estricta cultura, chocando solamente las ideas contra las ideas. Ernesto Quesada, fuerte en su erudición políglota, se descolgaba con un diluvio de citas y ejemplos sacados de todas las literaturas; pero la mayoría le era adversa y fué vencido a pesar de sus esfuerzos viriles.

Quesada era autor de una obra en que estudiaba a la sociedad romana en la época de Persio y Juvenal, a través de las sátiras de estos poetas. Obra de juventud y de labor infatigable, adolecía de inevitables defectos, perfectamente disculpables dadas las condiciones de su autor, entre las cuales resaltaba una afectación de ciencia que era el pecado venial de aquella literatura de su primera edad.

Es verdaderamente deplorable que la indiferencia general que existe entre nosotros para todo lo que se refiere a las letras, haya impedido a Quesada reunir sus escritos dispersos en multitud de diarios y revistas. Ellos hubieran dado varios tomos

de sabrosa y buena lectura, como la de *Un invierno en Rusia,* que publicó últimamente, obra interesante bajo todos aspectos, llena de observaciones sagaces, de reflexiones nuevas y personales y de estudios históricos y políticos expuestos en un estilo fácil, corriente y verboso como lo es la palabra de su autor. Director durante mucho tiempo de la *Nueva Revista de Buenos Aires,* donde al principio estuvo acompañado por su ilustre padre, las letras argentinas deben a Ernesto Quesada largos y fieles servicios, y nuestra generación tiene en él uno de sus miembros más ardientemente trabajador y erudito, llamado a producir obras notables y siempre dignas de su inteligencia y su contracción.

Manuel Díez Gómez era otro de los oradores fecundos de aquella lucha. Ignoro si ha publicado alguna obra, pero revelaba apreciables condiciones para el cultivo de los trabajos del espíritu y estaba dotado de una gran fluidez en la expresión. Nolasco Ortiz Viola, a pesar de sus estudios de ingeniero, había demostrado desde temprano una gran afición a los trabajos literarios. En la *Revista* que publicaba la *Sociedad Ensayos Literarios* he leído últimamente algunas de sus disertaciones, escritas hace quince años, en especial un trabajo sobre la *Esclavitud* y otro sobre el *Origen del calor solar* que está más de acuerdo con la índole científica de sus estudios. Eduardo Sáenz era y creo continúa siendo un romántico sin redención, simpática personalidad compuesta solamente de sensibilidad y talento, y que suplía en aquel tiempo su escaso bagaje científico, con hallazgos inesperados y una facilidad sorprendente de asimilación, unida a un temperamento genuino de poeta. Una nota melancólica vibra en todas sus estrofas de aquel tiempo, suaves y melodiosas como las siguientes, escritas en el estilo de Ricardo Gutiérrez:

En las horas terribles de la duda,
En los instantes de dichosa calma,
Entre el bullicio del placer mundano,
En las noches de insomnio solitarias,
Sublime siempre,
Siempre lejana
La imagen celestial de tu figura
En medio de mi senda se levanta.

Cuando en la margen del sereno arroyo
Tranquila escuchas murmurar sus aguas
Y una onda se arrastra temblorosa
A humedecer tu delicada planta,
Alza a los cielos
Tierna plegaria,
Porque en los pliegues de la blanca linfa
Van envueltas las gotas de mis lágrimas.

¡Ah! ¡no me olvides! Que jamás el tiempo
Sea la maldición de tu inconstancia!
Conserva para siempre en la memoria,
El recuerdo inmortal de estas palabras;
Son los acentos
De la esperanza,
Que, al compás de una lira melodiosa,
Mi corazón, entre suspiros, canta.

Había en el Círculo varios grupos que no es inútil clasificar. Los poetas eran Adolfo Mitre, Navarro Viola, E. Rivarola, Eduardo Sáenz, Julio Mitre y Matienzo. Los prosistas Enrique García Mérou, Ortiz Viola, Ernesto Quesada, Rodolfo Rivarola, Benigno Lugones, Araujo Muñoz. Había eclécticos, dedicados a lo que en la jerga crítica actual se llama el *dilettantismo*, como Adolfo Moutier y Ramón A. Toledo y otros que formaban una especialidad en medio de aquellas divisiones, como Carlos Olivera y Carlos Monsalve, apasionados de

la fantasía alemana, y que parecían nacidos en las riberas del Rhin, y no en las del Río de la Plata.

He hablado ya de muchos de estos jóvenes escritores. Diré solamente algunas palabras de los demás. Y ante todo, eliminemos a los que, llenos de talento y de *esprit*, como Toledo y Moutier, jamás consagraron sino horas fugaces al trabajo literario, o a los que, como Rodolfo Araujo Muñoz, han demostrado en la política y en uno que otro artículo brillante lo que serían capaces de hacer si la índole de su carácter y las circunstancias de la vida, no les hubiera llevado por otro sendero. En cuanto a Toledo, era el espíritu burlón, el Mefistófeles de aquel Olimpo juvenil. Los mayores y más ridículos arranques de entusiasmo eran enfriados por la ducha helada de su sátira implacable. Cuando estábamos más idealizados, cerniéndonos en el Pindo, era cuando su chiste nos arrancaba la clámide de los dioses, y hacía a Júpiter olímpico una mueca desvergonzada. Moutier mariposeaba, con una eterna claridad y alegría de espíritu, a través de todas las teorías, comprendiéndolas igualmente, penetrando en los más delicados matices del pensamiento y bajando hasta el fondo de las más abstrusas metafísicas, capaz de escribir un poema con la misma suficiencia que un libro de estadística, sosteniendo tres horas las tesis más mirabolantes, con el solo objeto de hacerlas triunfar y tener pretexto para destruirlas durante otras tres horas. Había penetrado en varias carreras sin detenerse en ninguna. Su gran talento le hacía abarcar todo al primer golpe de vista, y esta rápida comprensión le producía pronto un invencible sentimiento de hastío. Pero era y queda siendo un eximio representante del exotismo literario, del cosmopolitismo científico; en una palabra: un supremo y delicado diletante que no necesita sino abrir su pensamiento

y dejar fluir su palabra pintoresca para mostrar todos los tesoros de su ingenio inagotable.

"Carlos Monsalve, que maneja con igual maestría el vocablo antiguo y la fantasía alemana, que vive en intimidad con Hoffmann y con don Alfonso el Sabio y que debe llevar en su cabeza un mobiliario bien rico, cuando puede dar dentro de él asiento a sus huéspedes separados por tantos siglos", — tal como lo retrata en las anteriores líneas el doctor Avellaneda, merece fijar, desde luego, nuestra atención. No ha publicado sino un libro — *Juvenilia* — pero no vacilo en afirmar que en él se encierra una de las manifestaciones de mayor talento que han dado los jóvenes de la nueva generación. Se ha sentido irresistiblemente dominado desde sus primeros escritos por la influencia de los cuentistas germánicos, y por una extraña asociación de ideas ha publicado *El ave de Zeus, De un mundo a otro, El gnomo, El viejo Hullos,* etc., fantasías extravagantes y pintorescas que parecen soñadas en la bruma maravillosa en que Ana Radcliffe escribía sus novelas de subterráneos y emparedados, y Achin D'Arnim trazaba sus macábricas siluetas a lo Callot. Bajo muchos aspectos, el juicio que de éste se ha hecho podría aplicarse a más de una de las pesadillas de Monsalve: "cubre una tela de negro, y, por algunos toques de luz hábilmente distribuídos, esboza en medio de este montón de tinieblas grupos apenas indicados, figuras cuyo lado alumbrado se destaca, mientras el otro se pierde confusamente en la sombra; fisonomías extrañas que guardan una seriedad intensa, cabezas de un encanto mórbido y de una gracia muerta, máscaras burlonas de una alegría inquietante que os miran, os sonríen y os hacen burla desde el fondo de esta noche mezclada de vagas claridades. Desde el momento de pisar el umbral de este mundo misterioso,

uno se siente sobrecogido por un malestar singular, en la duda de si hay que entenderse con hombres o con espectros".

Monsalve ha escrito pocos pero excelentes versos. Algunas veces es poeta en prosa, y su estilo adquiere diafanidades y transparencias a las que sólo falta el ritmo y el consonante para poder rivalizar con las más bellas estancias de nuestros vates. ¿Quién no recuerda la suave melodía del *Moon Light*?

"Las aguas reposan estancadas entre los juncos y los árboles de las riberas. En la quietud del río sin oleaje, a trechos bruñido y terso o de una opacidad sombría, relucen de distancia en distancia los fulgores luminosos de las estrellas; se ven sus rayos dorados hundirse a plomo en la profundidad tenebrosa de sus aguas, y temblar en la superficie formando manchas comparables a la luz líquida, derramada sobre el color neutro de una placa de acero. A ambos lados, en las cercanas márgenes, los árboles agrupados a lo largo de las orillas forman grandes masas negras recortadas sobre el resplandor difuso del cielo. Por entre los claros de su follaje se entrevé una que otra estrella, casi al ras del horizonte, medio borrada por las nieblas secas que se levantan de las tierras distantes. Aun sin distinguirlos con precisión, se reconocen los sauces en las oscuras masas de árboles, cuyas copas van a caer con languidez, en haces de filamentos negros y como en un desfallecimiento, hasta confundirse con las líneas borradas de la maleza que crece bajo sus troncos, fundida en la tinta del suelo tenebroso. Las luciérnagas, gotas de luz aladas, vagan perdidas en lo negro, apagándose a intérvalos para reaparecer en otro punto. Algún fuego fatuo ascendiendo hasta la copa de los árboles brilla sin irradiaciones y se desvanece sin ruido".

¿Por qué, me he preguntado muchas veces, este real talento literario no busca su modo de expresión, su molde y su forma definitiva en la novela, género tan poco cultivado entre nosotros? ¡Cuántos libros admirables brotarían de la pluma del que ha escrito *El hombre de piedra, La historia de un paraguas, Ibrahim* y *La botella de Champagne!* Casi lo mismo puede decirse con relación a sus poesías; ellas no ocupan más de veinte páginas en el tomo de Monsalve; y sin embargo, solamente el canto *En tranway* revela un verdadero poeta por su penetrante sutileza de análisis psicológico, sus dulzuras un poco blandas, sus delicadezas un poco lánguidas que lo aproximan a Coppée, pues tiene como él, el sentido de lo pintoresco, con un encanto íntimo y una simpatía tierna y fina por ese mundo de la realidad sencilla, que le ha proporcionado sus mejores inspiraciones.

He aquí algunas de las estrofas de esta hermosa fantasía:

Era un domingo por la tarde; triste,
Muy triste era esa tarde, pareciendo
Que el sol, que iba sus rayos ocultando,
En vez de ser un sol que va cayendo,
Era un astro aburrido del domingo
Que se acuesta en su lecho bostezando,
Para pasar la eternidad durmiendo.
¡Ah! cuántos pobres hombres fastidiados
No desearán, con incansable anhelo,
Poder hacer cuanto antes eso mismo,
Y dormirse por siempre! Mas, ¿quién sabe
Si al trasponer los límites sagrados,
Se encuentran las tinieblas del abismo
O las luces del cielo?
... ...
Viajaban, pues, las dos, y yo con ellas

Y demás pasajeros juntamente.
Al principio, pensando en las estrellas
O en la luna, escuchaba indiferente
El chirrido confuso de los rieles;
Me alegraba el temblor de los cristales
Golpeando sin cesar las ventanillas,
Y oía con placer los cascabeles
Sonando en las colleras amarillas
De la yunta de pobres animales,
Que, al trote, soportando sus cadenas,
Arrastraban el coche a duras penas,
Tropezando en las piedras desiguales.
Pero después, alzando la cabeza
Con todo el estupor que me embargaba
Miré a mi alrededor con extrañeza,
Creyendo que tenía por delante
Las visiones de cosas que soñaba...
Y luego bostecé, como bosteza
De plantón en su puesto el vigilante,
Que maldice a la noche que no acaba
Y reniega del día que no empieza.
Chateaubriand, sin emplear el consonante,
Ni viajar dormitando de esa suerte,
Ha dicho que su vida era un bostezo.
¿Qué pensaría él mismo de la muerte,
A pesar de su fe recalcitrante?
Y tú, sombra de Hamlet soñadora,
¿Te imaginaste alguna vez que un día
Esta generación innovadora
Tu exclamación siniestra olvidaría?
"Ser o no ser", tal era tu dilema,
Pero el nuestro es más lleno de armonía;
"Aburrirse o morir", *ecco il problema.*
Por lo demás al darme cuenta clara
De que estaba rodeado de viajeros,
Nada tiene de extraño que pensara...
Cualquier cosa al mirar mis compañeros,

Y que luego exclamase conmovido:
¡Bendito sea Dios! que ha permitido
La reunión al acaso de estas gentes
Que sin duda se ven por vez primera,
Y que siguiendo rumbos diferentes
Sin volverse a encontrar en esta vida,
Irán a perecer cuando Dios quiera,
En quien sabe qué parte conocida,
Sin que a nadie le importe; de manera
Que se pueden ahorrar la despedida.
... ...

Carlos Olivera, ha derrochado en el periodismo un capital extenso de inteligencia y de erudición. En una labor continua de diez años ha afrontado todos los temas y seguido en todas sus fases, el movimiento social, intelectual y político durante ese lapso de tiempo. Si reuniera sus innumerables artículos darían materia a varios volúmenes. No ha coleccionado sino algunos en un tomo con el tíulo de *En la brecha,* libro de matices variados, de temas diversos, cuya amalgama ha sido explicada por su autor de la siguiente manera: "No debe extrañarse al hallar al lado de una crónica musical o de un estudio sobre finanzas, la sentida necrología de un grande hombre o de un amigo notable que desaparece; o al lado de las meditaciones filosóficas de un desocupado, la tirada patriótica contra algún abuso del poder o la crítica de versos o de dramas; que a veces ha sido preciso el hacer todos estos papeles en un mismo día. ¡Tan cierto es que no hay vida más semejante a la de un artista de teatro, que la vida de un periodista! Ambos necesitan igual sensibilidad, igual facilidad de adaptación, igual sentimiento de pasión ingenua y verdadera, para calentar con ella la frase y presentarla ardientemente nueva al público que paga. No poder representar

ágil y vivazmente todas las situaciones, personajes y sentimientos que se agiten en el inmenso teatro de la localidad en que se actúa, es no poder ser periodista. Para serlo es preciso vivir con la vida de los otros; es necesario tener fácil la indignación, pronto el entusiasmo, suelta la risa y las lágrimas al borde de la pestaña. En un mismo día, como en la escena dramática, puede suceder, que el poder asesine un ciudadano, que haya un descubrimiento científico que intensifique el progreso del mundo, que un personaje cometa una acción ridícula y que la muerte se lleve una persona querida del público. ¿Qué remedio, entonces, sino vibrar ardientemente en los cuatro tonos?".

Olivera empezó escribiendo cuentos fantásticos y baladas en prosa, que publicaba en *El Nacional,* atribuyéndolas a un imaginario poeta alemán l'amado *Ludwig-Klein.* Después se apasionó de Edgard Poë y lo puso en moda entre nosotros. Había estudiado solo el inglés y lo poseía a la perfección. Un día conoció por las traducciones de Baudelaire, al poeta desgraciado de *El Cuervo,* y buscó el texto original, para saborearlo mejor. Desde entonces se hizo *Poesiano* como otros se hacen *Shakespearianos* o *Balzacianos.* Tenía un gran número de ediciones de su autor favorito; conocía a fondo los detalles de su vida, los miembros de su familia, sus afecciones y sus odios, los actos palpitantes de la horrible tragedia de su destino. Tradujo, sino todas, una gran parte de sus obras, que según tengo entendido, han sido publicadas en un volumen por la casa de Bouret. Ignoro si aún continúa fiel a aquel a pasión de la juventud; pero de todos modos, ella le sirvió para penetrar hasta el fondo en el pensamiento de un genio misterioso y turbador, lleno de sorpresas y de extravagancias, pero no por eso menos digno de ser admirado y estudiado como una personalidad

única, sin igual y sin precedente, en el vasto mundo de las letras. Los que quieran ver las pruebas de esa afección, deben recorrer *La infancia de Edgard Poë*, donde se encuentran párrafos como el siguiente: "Manos piadosas y sinceras han puesto hoy en su verdera luz,, la figura tan discutida, tan execrada por unos y ensalzada por otros, de Edgard Poë, el más grande poeta de su patria, y el más original de los fantasistas conocidos. La envidia asquerosa, no encontrando presa en el hombre literario, se cebó durante veinticinco años en el hombre íntimo, pero gracias a la legítima curiosidad que rodea a los hombres célebres, la infancia de Poë ha sido retrasada a su origen, y alumbrada por el faro de la verdad, esta justiciera póstuma, se destaca luminosa y pura entre los detalles oscuros de su vida. No es, pues, del poeta profundo, ni del literario original y suprahumano, que vamos a hablar, sino del hombre, en los resplandecimientos de su genio".

Carlos Olivera continúa persiguiendo con infatigable ardor los ideales que impulsaban a Lugones, el inseparable compañero de sus primeros trabajos y de sus primeros triunfos. Posee una facilidad muy grande de expresión, y esa rapidez de pensamiento indispensable para el que se consagra a calmar la ansiedad pública, desde las hojas volantes de la prensa diaria. Sus conocimientos de literatura extranjera son profundos y variados. Desgraciadamente, como tantos, absorbido por la política, no ha tenido aun tiempo de revelarnos, en una obra fundamental, todo lo que es capaz de producir su talento de publicista puesto al servicio de una gran idea o de una gran pasión.

XXIV

El *Círculo* dió a luz una *Revista Literaria*, en la cual colaboraban los miembros de la asociación. Nada más difícil que encontrar hoy los números dispersos de aquel repertorio de artículos y poesías que duermen en sus columnas, sepultados bajo una capa espesa de olvido. Y, sin embargo, hay allí trozos literarios que merecen recordarse, y originalidades poéticas, dignas de aquellos tiempos de iniciación brillante, que hoy se leen con interés y con sonrisas de asombro. Esto no bastó sin embargo, para evitar a nuestra publicación la *guigne* que se empeña en perseguir entre nosotros a todos los que se deciden a luchar contra las tendencias geniales de nuestro público. La *Revista de Buenos Aires* y la *Nueva Revista de Buenos Aires*, la *Revista del Río de la Plata*, la *Revista Argentina*, — todas han desaparecido, después de un período más o menos largo de agonía. El *Album del Hogar* y la *Revista Literaria* tuvieron la misma suerte, a pesar de los esfuerzos de Gervasio Méndez que jugaba el pan en la partida; y a despecho de todos los elementos valiosos del *Círculo Científico Literario*, que pugnaban por sostener la segunda. Creo, — ¡Dios me perdone! — que ni siquiera pudimos pagar los últimos números al italiano Barbieri que la editaba por la imprenta del *Operaio*. Actualmente, la labor y la persistencia prodigiosa de que da

pruebas mi amigo Adolfo P. Carranza, mantiene la *Revista Nacional*, contra la indiferencia general. La *Ilustración Argentina*, fundada y dirigida durante varios años por Pedro Bourel, escritor inteligente y concienzudo, periodista de cualidades sólidas y estimables, carácter recto y levantado, — ha tenido también que arriar bandera después de una lucha desventajosa. ¿Para qué seguir haciendo la nómina de esta larga serie de cadáveres, que convierte a nuestra historia intelectual en una Morgue de publicaciones literarias?... Con qué razón me escribía Bourel, hace diez años: "¡Hoy más que nunca las bellas letras están aquí desamparadas, en camino de la más completa decadencia. Es un signo de esta época dolorosa. Progresamos; pero es un progreso material, transformación de la materia bruta. No progresamos en inteligencia ni en corazón, es decir, no progresamos realmente!".

Luis M. Drago, publicó en la *Revista Literaria* la traducción de un interesante estudio sobre estética. Sin dedicarse especialmente a la literatura, Drago tenía un buen gusto exquisito, fortalecido por sus frecuentes estudios de críticos e historiadores extranjeros, y en especial de Macaulay, a quien leía en su idioma, y a quien admiraba ardientemente en aquel tiempo. Recibió su título de abogado y estando consagrado a la magistratura, tuvo tiempo, sin embargo, para sostener una interesantísima polémica con el doctor Emilio Lamarca sobre la *Literatura del Slang*, en la cual demostró sólidos y extensos conocimientos de alta y buena literatura y un estilo incisivo, fino y fuerte al mismo tiempo, en que la lógica y el método más estricto se unen con el encanto de una expresión siempre elocuente y brillante. A pesar de su juventud, por la potencia de su talento, Luis M. Drago ocupa un puesto distinguido entre los hombres de su generación. Como

Rodolfo Rivarola, que escribió últimamente un notable *Comentario al Código Penal*, ha enriquecido nuestra literatura jurídica con dos obras, de índole diversa, pero de mérito igualmente considerable. La primera es una colección de *Fallos y sentencias* dictadas por él durante el tiempo que desempeñó un importante Juzgado en la Provincia de Buenos Aires. La segunda, *Los hombres de presa*, es un precioso estudio de antropología criminal, que se lee con el interés de una novela, a pesar de su base rigurosamente científica, y que ha merecido elogios entusiastas de Garofalo y Lombroso, los dos grandes maestros cuyas teorías y doctrinas somete Drago en su libro al análisis más minucioso, para señalar sus hallazgos y sus deficiencias, penetrando de lleno en la psicología y la fisiología del criminal.

En el primer número de la *Revista*, comenzó a aparecer la traducción de *Rolla*, hecha por Rodolfo Rivarola. Estudiaba en aquel tiempo en el Colegio Nacional, y se distinguía en las aulas por su inteligente contracción. Amaba locamente la literatura. Creo que nadie de nuestra generación y de las siguientes, ha escrito en su juventud tanto como Rivarola. Recuerdo que en la época en que yo no había podido todavía medir un solo verso, y miraba como dioses a los que eran capaces de enfilar dos consonantes, aunque fuera en forma de *aleluyas*, Rivarola había producido, dramas, novelas, poemas épicos, leyendas, etc. Sus numerosos manuscritos ocupaban un gran cajón; estaban copiados todos en la bella letra del autor y cuidadosamente cosidos. Una de sus leyendas más extensas tenía por argumento el episodio histórico de *Lucía Miranda*. De lo demás, me sería imposible tratar de dar una idea. Eran escritos fogosos, variados, enciclopédicos, versos abundantes y fáciles, un inmenso derroche de inspiraciones; pero nada vulgar, nada bajo y sim-

ple, nada que revelase falta de capacidad y plétora de esa audacia, que es tan frecuente encontrar entre los que se consagran a este género de trabajos sin estar dotados de "temperamento literario". ¿Qué se han hecho hoy todos aquellos esbozos de futuras obras? No podría decirlo, pues han pasado algunos años y se me escapa hasta el recuerdo de sus temas y formas características; pero la impresión que ellos me causaron era excelente y esto basta para que deplore su extravío o destrucción.

Durante el apogeo del *Círculo*, el entusiasmo de Rivarola había amenguado bastante; estaba consagrado al estudio y el trabajo y tenía poco tiempo para dedicarse a las letras. Sin embargo, publicó en el *Album del Hogar* la traducción de un canto de *Jocelyn*, y una *Rêverie*, — leída en una de las frecuentes conferencias de aquel centro — en que invocaba a la Verdad, el Recuerdo, la Poesía, la Gloria, la Melancolía — dulces compañeras de sus horas de soledad y de meditación, amigas cariñosas que le daban fuerza para luchar y para vivir:

¡Oh tropel de ilusiones! Ya sois tantas
Que no os conozco a todas. ¡Cuántas! cuántas
De la existencia en todos los senderos
Pasasteis a mi lado sin mirarme,
¡Ah! pasasteis sin darme
El cariñoso adiós de los viajeros!
Ya no me dejaréis! Junto a mí todas!
Vuestros caprichos de mujer, las modas,
Las blondas, los encajes y las flores,
Todo lo olvidaréis para seguirme
Y todo para oirme
Cantar a cada una mis amores.
Me envolveréis en ondas luminosas,
Y blandos lechos de clavel y rosas
Prepararéis para mis dulces sueños,
Y rubios y celestes serafines,

Me arrojarán jazmines
Pasando junto a mí, siempre risueños.
Ya no me dejaréis; siempre rodeado
Estaré de vosotras, y a mi lado
Contemplaréis mi sueño delirante;
Una mano pondréis sobre mi pecho,
A tanto amor estrecho,
Y yo os daré mi corazón amante.
Mas ¿qué digo?... ¡Silencio!... ¿Oís? ya viene
El monstruo airado que en su red me tiene.
¡Huid! ¡huid! que soy su prisionero,
Y atado a sus despóticas cadenas
Llorando estoy mis penas
Víctima triste de su encono fiero.
¡Huid, que os manchará su insana rabia!
Veréis perdida vuestra noble savia,
Atadas siempre en esta cárcel dura!
Dejadme reluchar por libertarme
A solas, y escaparme
Del monstruo del *Dolor* que me tortura!

La traducción de *Rolla*, obedecía a la moda en que estaba entre nosotros esta clase de ejercicios. Apareció precedida de algunas líneas mías en las cuales trataba de explicar el carácter del poema de Musset y abría un juicio sobre su versión española. "Rolla va a morir suicidándose (escribí con aquel motivo, en el estilo pretencioso de la primera edad); tres años en que abandonado a las corrientes del mundo, se precipita con frenético arrojo a su ruina, que será la causa de su muerte, lo conducen de miseria en miseria, de desencanto en desencanto, al lecho venal de una desgraciada. Y esa alma enferma, reta a todo lo grande, a todo lo solemne; al misterio que lo va a abrazar en la sombra, a la conciencia que quizá no hace más que dormitar en él; a Dios que lo contempla, al amor que lo rodea. Encuentra en el insulto de su depravación,

un placer y un consuelo; muestra, "como un soldado sus cicatrices, la roca de su corazón en que no ha germinado la más humilde flor!..." El poema ha sido tachado de inmoral. Rolla, en la última hora de su vida, arroja a un lado su conciencia, más que con indiferencia, con desprecio. Y, sin embargo, ¡cuánta pureza en el estilo de esas estrofas inmortales en que la última noche del libertino encuentra acentos íntimos y conmovedores! El corazón lo considera con la simpatía de un hermano desgraciado; no se le maldice, se le ama y se le compadece porque tiene la seducción del valor vencido, el encanto del poder derrocado. Alfredo de Musset, como Byron y Lamartine, que lo llamaba "niño de los blondos cabellos", ha gemido las notas de su canto; son verdaderas lágrimas las que corren por sus mejillas, como son verdaderos sollozos esos gritos estridentes de la *Noche de Mayo*, ese cuadro salvaje en que el pelícano, a la fúnebre claridad del crepúsculo, de pie sobre una roca sombría, alimenta a sus pichones con la carne de sus entrañas sangrientas.

Hay obras que, por su índole especial, son intraducibles. Creo que *Rolla* es una de ellas y las versiones en que se ha pretendido trasladarla al español, parecen corroborar este juicio. La que fué publicada en España por Angel Chaves, abunda en versos sonoros y arranques espontáneos y naturales; pero, en cambio, peca por falta de fidelidad, defecto imperdonable en este género de trabajos; la de Rivarola, se ajusta lo más posiblemente al texto, peca por falta de fluidez.

Entretanto, *Rolla* en español y en francés será siempre el poema más grande de Musset y el predilecto de la juventud. Refiriéndose al autor, un crítico ha dicho con justicia: "El carbón ardiente tocó sus labios y los purificó. Se diría que su genio,

pasando por la llama, se hubiera desgajado de los elementos groseros, como un metal que deja sus escorias en el horno, y que correrá en el molde, más puro y más sonoro...".

Voy a trascribir, para los que no conocen o no recuerdan la traducción de Rivarola, que es hoy dificilísimo encontrar, el célebre fragmento traducido también por Mitre, que empieza:

¡O Christ, je ne suis pas de ceux que la prière
Dans tes temples muets amène a pas tremblants,
Je ne suis pas de ceux qui vont a ton calvaire,
En se frappant le cœur, baiser tes pieds sanglants!

He aquí la traducción de Rivarola:

Jamás ¡oh Cristo! con mi ruego acudo,
Trémulo el paso, hasta tu templo mudo;
No soy de los que van a tu Calvario
A besarte los pies, golpeando el pecho;
Yo no me inclino bajo tu santuario
Si en la bóveda oscura
La arrodillada multitud murmura,
Al viento de los cánticos sagrados,
Cual se inclinan gimiendo los juncales
Al soplo de las brisas boreales.
¡Cristo! no creo en tu palabra santa;
Tarde a un mundo decrépito he venido.
Este siglo sin fe que hoy se levanta
De otro sin esperanza engendro ha sido:
Los cometas del nuestro
Despoblaron el cielo; y el acaso
Al arrancar los mundos de sus sueños
Con ellos en la sombra mueve el paso;
De los antiguos tiempos el espíritu
Tus mutilados ángeles arroja
Al báratro profundo;
Y ya el clavo del Gólgota se afloja!

¡Tu gloria ha muerto, Cristo!
A tu sepulcro el suelo se sustrae,
Y sobre nuestras cruces de madera
¡Tu cadáver celeste en polvo cae!

La traducción española de Angel Chaves, interpreta este pasaje de la siguiente manera, que es a todas luces inferior como exactitud:

¡Cristo! yo de tus templos al santuario
No sé llegar con pasos macilentos,
No soy de los que van a tu Calvario
A besar con amor tus pies sangrientos.
Yo, cuando veo a un pueblo prosternado
Humillarse ante tí devotamente
Cual del viento del norte al soplo helado
Dobla el cañaveral su altiva frente,
Permanezco de pie, mudo e inmóvil!
La dulce fe, de tu bondad reflejo,
En mi cansado pecho ya no arde:
Nací en un siglo demasiado viejo,
Para creer en tí nací muy tarde!
De un siglo sin temor ¿qué duda cabe?
Nace un siglo sin fe, siglo de muerte;
Ya del divino Gólgota los clavos
No aciertan en tu cruz a sostenerte.
El sol sobre tu tumba se ha escondido,
Tu gloria ¡oh Cristo! ha muerto,
Y en polvo convertido
Tu celestial cadáver ha caído,
Como palma tronchada en el desierto.

Además de la traducción de *Rolla*, aparecieron en la *Revista Literaria* varias hermosas poesías de José Nicolás Matienzo, entre las cuales se distingue la titulada *Pensar, dudar*. La tendencia objetiva que precede al desarrollo de esta composición la ha-

ce una especialidad entre las que su autor escribía en aquel tiempo. En ella, se leen estrofas como las que siguen:

Tú dudas porque piensas: eso es grande!...
Noble alma la que expande
Su anhelo de pensar hasta el martirio,
Y afronta, como el viejo Galileo,
La ira del fariseo,
Que llama a su obra criminal delirio!

Vosotros, los que nunca habéis pensado,
Cerrad el labio osado;
No digáis al que duda que blasfema,
O impedid a la esfinge que adelante,
Sublime y aterrante,
Pidiendo solución a su problema!

Podéis decir que el pensador, vencido
Como Icaro, ha caído,
Por la impotencia de su grande aliento,
¡Mas no podéis decir que vanamente
Puso Dios en su frente
El destello inmortal del pensamiento!

He dicho anteriormente que las traducciones francesas y españolas de los *lieder* de Heine y la aparición de las *Rimas* de Becquer, que estaban entonces en la época de su mayor éxito, pusieron en moda entre nosotros la fabricación de este género de composiciones. La *Revista Literaria*, contiene un inmenso número de ellas.

Casi no quedó uno de los jóvenes poetas que no se sintiera invadido por el deseo de hacer un *Intermezzo* para su uso particular, y no pocos se dedicaron a traducir las bellas y suaves creaciones del autor del *Reisebilder*. Esta influencia, por otra parte, ha sido general en Sud América. Adolfo Mi-

tre escribía *Intimas;* Enrique Rivarola, *Desahogos;* José Nicolás Matienzo (*Hermann Beck*), *Hojas sueltas;* Rodolfo Rivarola, *De mi cartera.* Y todas estas series de pequeñas composiciones, estaban cortadas por un patrón uniforme, cantaban los mismos desengaños y la misma eterna melopea de los amores románticos, el quejido del corazón insaciable, el duelo a muerte de los sexos, la ironía y la tristeza de la pasión comprimida, o el culto de la forma plástica, que tanto amaba Gautier, y que él también ensalzó en su admirable *Poème de la femme.* ¿No es un reflejo de ese trozo literario, que su autor llamó con verdad "mármol de Paros", la siguiente estrofa de Adolfo Mitre?

...No me escondas
Tu desnudez sublime y opulenta.
Friné sa'e desnuda de las ondas,
Y el arte que maneja los pinceles
Para su gloria, desde entonces, cuenta
La Venus Anadyómena de Apeles.
¡Quién sabe si no encuentro en tu hermosura
Un poema mejor que esa pintura!

Pero, en general, esas rimas se distinguían por la sensiblería más refinada, por un alambicamiento de expresiones y de sentimientos que eran indispensables para no separarse de las reglas del género y del modelo de los maestros. Así, por ejemplo, decía Mitre:

¿Por qué desde que te amo estoy gozoso?
¿Por qué tan triste estás desde que me amas?
Es que, mi bien, es cierto
Que los que se aman cámbianse las almas!

Enrique Rivarola, en el siguiente *Desahogo*, llevaba más lejos el entusiasmo:

Me dice la razón: "deja tu pluma,
No te acuerdes de el!a: no te ama"
El corazón de pena se me ahoga
Y cae en el papel, muda, una lágrima.
Pensando qué decir, sobre la mano
Sostengo la cabeza reclinada,
Y escribo, sin fijarme y con tristeza,
Una vez y otra vez: *¡ingrata... ingrata!*

Y Eduardo Sáenz, entraba al concurso con un nuevo lamento, no menos imberbe que los anteriores:

"Jamás he de olvidarte", me decía
Cuando de su constancia recelaba,
"Jamás he de olvidarte", repetía,
Y llorando en sus brazos me apretaba
... ...
Y la voz adorada me mentía,
Y el llanto de sus ojos me engañaba!...

Hermann Beck, deseaba inmortalizar a su desconocida Dulcinea:

Quisiera ser el Dante o el Petrarca
Para hacer inmortal tu dulce nombre;
Para dejar en inviolable arca
Tu imagen desposada a mi renombre,
Y tus rigores, tu desdén, tus mofas
Convertidas en lágrimas y estrofas!

Finalmente, para que la galería esté completa, Rodolfo Rivarola tenía también su Beatriz misteriosa a quien hacerl; promesas por este estilo:

¡Cuántas veces te he dicho en mi entusiasmo
Rendido ante tu amor, virgen divina:

"Si no me amaras
Me mataría"
Hoy, más ebrio de amor, más entusiasta
Digo, al ver la pasión que me domina:
"Si me olvidaras
Me moriría".

Todos los números de la *Revista*, contenían alguno de estos trasportes amorosos, que causaban nuestras delicias y nos parecían entonces el colmo del arte y del buen gusto. ¡Oh tiempo de ingenuidades e inocencia, tan pronto pasado y tan lleno de encantos para el corazón!...

XXV

El primer número de la *Revista Literaria* contiene un artículo necrológico que trae a mi memoria el nombre de Juan de Dios Villa Parra. Una noche de reunión en el *Círculo*, alguien anunció la presentación que iba a hacer de un joven literato colombiano que viajaba por América recogiendo datos para una obra monumental, y acababa de llegar a Buenos Aires en esos días. El silencio de la espectativa siguió a sus palabras. Todos esperábamos ver al desconocido para hacer nuestros juicios al primer aspecto. Algunos segundos después, nuestro compañero de tareas que había salido de la habitación, en busca del recién llegado, abría de nuevo la puerta haciéndolo entrar. Decir lo que pasó en aquel momento es doloroso. Una carcajada general, sonora y espontánea, saludó la aparición de aquel fantástico personaje, que, a su vez, turbado por la extraña acogida, no supo sino inclinarse y reirse por su parte, con sincera ingenuidad, acostumbrado como debía estar a producir un efecto de alegría. Era pequeño, delgado, torcido como una raíz de mandrágora, achaparrado por la miseria y por la debilidad de su constitución: sostenía en la mano un sombrero de felpa, largo como el tubo de una chimenea; su cara angulosa con facciones puntiagudas de cuatí, tenía una expresión de cómica tristeza indefinible; llevaba un traje negro

XXIX

Uno de los miembros más espirituales del *Círculo Científico Literario,* Belisario J. Arana, ha narrado la fundación de la *Bohemia* en un precioso artículo que encontrarán los curiosos en el número de *La Nación* correspondiente al primer día de Enero de 1880. Bajo el anagrama de *Elias F. Bori,* había publicado ya algunas páginas profundamente originales en la *Revista Literaria,* como las del cuento titulado *Filarmonoterapia.* Las creaciones en este género estaban de gran moda en aquel tiempo, y Arana pagó como todos su tributo a la influencia romántica, trazando en las escenas de su narración la silueta de un personaje neurótico y extravagante, que tocaba el violín como el consejero Krespel, de uno de los cuentos de Hoffmann, y que termina en un manicomio, después de las raras alternativas de su existencia dramática y tumultuosa. Un solo párrafo — el que describe las notas musicales de aquel genio desconocido — basta para dar una idea del estilo de aquel interesante ensayo: ''Era una música embriagadora; gritos salvajes de placer, estallido de carcajadas, maldiciones, juramentos, blasfemias; música para ser tocada en la sala de juego, entre los gritos de los beodos y los impúdicos besos de las sacerdotisas de Venus. Poco a poco, las armonías fueron decreciendo; no eran ya carcajadas salvajes; era la risa juguetona tier-

na, inocente de la infancia; el ruido de la cascada que quiebra en las rocas sus bullidoras ondas... Y al ruido de la cascada, sucedió el murmullo confuso de la ola, que viene a besar la playa, deshaciéndose en un beso, y las melodías se apagaban y renacían para perderse de nuevo; aquellas ráfagas impregnadas de amrgura pasaban en lánguidos compases, arrullándonos con un acento tristísimo que dejaba en el alma una ansiedad desconocida... Y aquellas armonías cambiaron aún, eran tristes y fueron lúgubres, eran el ¡ay! de la agonía lanzado entre lamentos y gemidos, acentos sepulcrales, fantásticos, terribles, el silbido del viento quebrando en los cipreses su quejumbroso llanto. Parecía verse a la Muerte cantando sus victorias y alterando con sus sacrílegos cantos el triste silencio de sus sombríos dominios''.

Volviendo a la *Bohemia,* en el artículo antes aludido, Arana pinta la reunión en casa del poeta Eduardo, que sirvió de cuna a aquella asociación tan digna de pasar a la posteridad como el *Club del Esqueleto,* evocado por Wilde en su preciosa carta al Dr. Ignacio Pirovano. ''La reunión se presenta animada y espléndida, dice. Todos hablan, ríen, gritan, discuten. ¡Qué diversidad de ideas, de opiniones, de creencias! Sólo en una cosa coinciden: todos son ultraliberales y eminentemente revolucionarios; quieren un cambio completo político y social. Era necesario reformar las creencias, las costumbres; instituir el socialismo; pero el socialismo liberal, inteligente, ilustrado, justo; reorganizar la república... más, la América; hacer de toda ella una gran nación, que enseñara a pensar, a obrar a ese mundo antiguo, a ese viejo decrépito a quien llevaría la vivificante savia de las nuevas doctrinas. Y el entusiasmo crece, y apoderándose de todos los espíritus, no encuentran nada imposible, nada que

impida la realización de todos aquellos pensamientos. No sé si alguno lo dijo, pero más de uno pensó en reformar el sistema planetario, no encontrando ya qué reformas hacer en la tierra''.

En medio de aquella batahola, el *Gran Bohemio* ocupa el puesto de honor en la única silla que existe en el nido del dulce poeta donde se verifica la reunión y pronuncia algunas palabras de alta inspiración, enalteciendo las ventajas de la unión, las delicias de la amistad, las bellas alegrías de la juventud. ''*Eduardo,* — continúa Arana, — el más romántico de los poetas, alzó al cielorraso sus negros ojos en que brillaba una chispa de genio: buscaba la inspiración, su eterna compañera, que le era infiel en aquellos momentos; *Pánax,* espíritu excéntrico, investigador, fantástico, Edgard Poë linfático, se contentó con hacer una mueca con su impasible rostro; *Hermann Beck,* poeta de pálido y hermoso rostro, con más talento que inspiración, cuidadoso siempre de no alejarse demasiado de la tierra, se abrochó el último botón de su inseparable levita negra; *Oscar Weber,* materialista que profesaba la moral utilitaria y llevaba la abnegación en el alma como un desmentido de todas sus teorías, se rascó la cabeza con ánimo de producir el fósforo que le faltaba; *Elías,* mezcla incomprensible de dos individualidades completamente distintas, soñador, preciándose de práctico; creyente con sus amigos, escéptico cuando se apartaba de ellos; riéndose siempre con la risa de aquel que se ha impuesto como obligación divertirse, se preparaba a salir del paso, con una chuscada, cuando lo interrumpió Rodolfo, el infatigable perseguidor de las quimeras''. ¿De qué habla? De la idea grande que flota en la atmósfera, que está en todos los corazones y palpita en todos los labios, la idea de la unión, el *desidera-*

tum que los reune allí para inaugurar una nueva vida.

—''No perdamos tiempo, exclamó Weber; *piano* o *presto*, es necesario que lleguemos y llegaremos. La idea de Rodolfo es excelente.

—¿La apoyáis?, preguntó el Gran Bohemio.

—¡Por unanimidad!, respondió el coro.

—Ella nos salvará, dijo Eduardo; hoy nos sirve de fin, es una aspiración; mañana será sólo un medio, pero para trabajar por la unión de los demás es necesario que establezcamos la nuestra, íntima, indisolublemente; seamos los unos la encarnación de los otros; uno solo, la identificación de todos.

—¡Bravo! dijo Elías. No hay como hacer mancomunidad de bolsillo para llegar al *non plus ultra* de la intimidad; establezcámosla.

—Sí, seamos una sociedad de socorros mutuos, añadió Hermann Beck, mirándose la levita.

—Y de elogios recíprocos, interrumpió Rodolfo; es necesario que nos ensalcemos mutuamente.

—¿Comparándonos con Bolívar, por ejemplo?, preguntó Weber.

—Comparándonos con quien quieras; pero cada uno de nosotros debe tener diez veces más talento que el resto de los mortales.

—Un ángulo facial de más de noventa grados, dijo Pánax, ardiente partidario de la frenología.

—Basta, dijo el Gran Bohemio; siendo la base de la sociedad la unión, no se admitirán en ella sino amigos íntimos; un solo voto en contra priva la entrada.

—Seamos elementos heterogéneos contribuyendo al mismo fin, dijo Hermann Beck.

—Fuerzas distintas, pero convergentes, añadió Pánax.

—Ahora sentemos los demás principios para buscar los medios, dijo Oscar Weber.

—Busquemos los *medios*; ellos son siempre el principio en todo; le replicó Elías''.

. . . .

Pero el nudo de la cuestión es precisamente ese. ¿Dónde conseguir recursos en aquella época en que no se habían inventado aún esas colosales creaciones que hubieran hecho las delicias del Mister Micawber, de Dickens, los bancos garantidos, las acciones de las Catalinas o del Banco Nacional? La imaginación de los artistas se exalta en la persecución del ideal contante y sonante, que flota solamente en sus sueños, y entonces continúa el alegre narrador...

''Empezóse una discusión acaloradísima, en que las ideas razonables brillaban por su ausencia, según la práctica establecida en todas las discusiones acaloradas.

—Propongo un consultorio médico — especialista de enfermedades incurables — exclamó Weber, quien creía que el tercer año de medicina le daba derecho a matar impunemente. Venderemos polvos de dientes; tengo para ello una receta especial...

—¿Y recetaremos polvos de dientes en todos los casos? preguntó el Gran Bohemio.

—En la mayor parte. Casi todas las enfermedades entran por la boca; esta y los dientes tienen relación íntima; luego...

—¿Les aconsejaremos a los hidrópicos que, de 15 en 15 minutos, se cepillen la dentadura? El negocio promete si lo establecemos en sociedad con una cochería fúnebre; de todos modos es peligroso...

—Fundemos un diario, dijo Rodolfo.

—¿Manuscrito? preguntó Elías.

—¿Por qué?

—No veo otro medio; se trata de buscar dinero y tú sales proponiendo gastos.

—Es que nos reportaría grandes utilidades; tendríamos un porvenir seguro, sería el órgano de nuestras ideas...

—Etcétera; si tenemos imprenta, tenemos dinero, pero necesitamos tener dinero para tener imprenta. Es la cuestión de saber cual fué el primero: si el huevo o la gallina.

—A propósito de huevos y gallinas, dijo el Gran Bohemio; criemos conejos; se multiplican admirablemente''.

. . . .

Pero todas las ideas son desechadas, las unas por inútiles, las otras por improducentes. En fin, se piensa en dar alguna función teatral, con piezas inéditas escritas para la circunstancia, y que por su carácter especial llamen la atención del público y atraigan la concurrencia. Se adopta el siguiente programa, que es leído por el que actúa de secretario:

''GRAN FUNCION DE AFICIONADOS''

PRIMERA PARTE

La ascensión de Mahoma

Drama esencialmente histórico en un solo acto. (Nota. — Se suplica al público no se lleve al profeta, caso que cayera en la platea).

SEGUNDA PARTE

El gobierno en calzoncillos

Un personaje encaretado, representará al Presidente sin careta. (Nota. — No hay alusión política, es la verdad pura y neta, la cual será representada poco menos que desnuda).

TERCERA Y ÚLTIMA

El Diluvio Universal

Grandiosísimo espectáculo al natural. No queremos adelantar nada sobre las conmovedoras escenas que tendrán lugar durante la representación de este espectáculo; pero garantimos que será una verdadera sorpresa para el público. (Nota muy importante. — Un paraguas podrá servir de arca al que quiera hacer el papel de Noé)''.

Pero, asimismo, el programa es considerado corto y se le añade entonces una pieza de gran sencillez: *La monotonía del desierto,* susceptible de ser representada dejando el escenario vacío. La idea es aceptada, aunque en mérito a los acontecimientos de la época, se le da un título de actualidad: *El desierto de Atacama.*

En aquella noche famosa quedó instituída la *Bohemia* sobre asiento inconmovible. Los que no nos encontramos presentes cuando se echaron las bases del grupo fraternal, ingresamos a él inmediatamente, encontrándolo ya aumentado con Joaquín Aguilar, José H. Martínez, etc. Fué en ese tiempo que, a semejanza de los *dîners litteraires* de París, fundamos una comida mensual en que nos congregaba la amistad y la pasión a los trabajos del espíritu. No había fecha determinada para el día del banquete, pero una sabia previsión lo hacía tener lugar generalmente del 5 al 10 de cada mes, es decir, en la época en que cada uno había tenido tiempo de recibir el fruto de su labor, y no había tenido tiempo de gastarlo todavía.

Las comidas de la *Bohemia* tenían lugar generalmente en la *Bodega,* pero una o dos veces trasladamos nuestros penates al *Café Filip.* No brillaban como fiestas gastronómicas, porque el precio

del cubierto era reducido. En cambio, reinaba entre los comensales una infatigable alegría; los chistes y las paradojas más atrevidas se cruzaban de asiento a asiento y de uno a otro extremo de la mesa; los brindis eran espirituales e interminables; se pasaban, en suma, los momentos más gratos en aquellas fiestas cordiales y sencillas que duraban algunas veces desde las siete de la noche hasta las tres de la mañana.

Las comidas de la *Bohemia* hacían las delicias de los propietarios y concurrentes a la *Bodega*. Tenían gratis un espectáculo nuevo y pintoresco; y nosotros, en nuestra fingida petulancia de artistas, hacíamos lo posible para llegar a la *originalidad*, ese *desideratum* de todo romántico de corazón. sosteniendo las tesis más extravagantes y flotando siempre en el dominio de la exageración y la fantasía más descabellada.

¡Ah! ¡Quién pudiera hacer revivir de nuevo. con el pincel o con la pluma, aquellas asambleas literarias, alrededor del mantel de la mesa fraternal, con todo el brillo de la juventud que tomaba parte en ellas y todo el fuego de los corazones y las miradas adolescentes! No pretendo intentarlo siquiera. Me limito a consignar este recuerdo de alguno de los momentos más gratos de nuestra vida pasada, seguro de que a todos los que formaban el núcleo de la *Bohemia* les bastará esta mención para gozar con la imaginación las fruiciones de aquellas fiestas inolvidables, que murieron como murió el *Círculo* el día que las necesidades de la vida nos obligaron a separarnos, y despedirnos de los bellos sueños que nos dominaban, para seguir cada cual el rumbo variable de su destino.

XXX

Además del *Círculo Científico Literario*, existía en Buenos Aires una asociación llamada *Academia Argentina*, cuyos miembros pertenecían, por lo general, a una generación anterior a la nuestra. Fuí presentado a ella por Obligado y Coronado, a su regreso del viaje en que nos encontramos juntos; y aun conservo la nota en que se me comunicó mi admisión, firmada por el actual ministro Dr. Juan Carballido, Presidente de la Sociedad, y el Dr. Luis T. Pintos, secretario.

En la época de mi incorporación, la *Academia Argentina*, después de sus primeros fulgores, empezaba a declinar, siguiendo el destino invariable de todas las asociaciones literarias del mismo género, que han tenido tan efímera vida entre nosotros. Sin embargo, fué en aquella época que produjo uno de sus últimos actos públicos, especie de suprema llamarada de una luz próxima a extinguirse. Me refiero a la conferencia literaria que tuvo lugar el 9 de Julio de 1879 en los salones del Colegio Nacional.

Aquella fiesta memorable se abrió con un discurso del Dr. Carballido, que produjo una impresión agradable en el auditorio, por su elocuencia y su belleza de frase y expresión, así como por las ideas desarrolladas en él. El Dr. Carballido se distinguía desde entonces como orador fecundo, me-

surado y correcto. Avezado a las luchas de la palabra, poseedor de una inteligencia clara, de una sólida ilustración y una presencia simpática que resaltaba más por sus cultas formas de *gentleman* perfecto, estaba dignamente al frente de aquel grupo de jóvenes distinguidos y estudiosos que, en diversas sendas, se han conquistado un nombre por sus trabajos o sus aptitudes.

Obligado, Coronado, Frejeiro, Gregorio Uriarte, Atanasio Quiroga, Eduardo L. Holmberg, Luis T. Pintos, Ernesto Quesada, Carlos Vega Belgrano, Lamarque, Florencio del Mármol, Aditardo Heredia, Ventura Linch, Lucio Correa Morales, Pedro M. Gómez, Miguel García Fernández, etc., formaban parte de aquel centro inolvidable. La mayor parte de estos distinguidos miembros, sin embargo, no brillaba por el celo que les inspiraba el adelanto de la sociedad. Pero, en cambio, había un pequeño grupo de amigos y fanáticos, que tomaban a lo serio, con una cómica y sublime gravedad, su papel de académicos.

La obra grandiosa que ocupaba a la Academia era un *Diccionario de Argentinismos*, en el que no me fué dado colaborar, pues cuando ingresé al cónclave estaba un poco olvidado por sus más entusiastas iniciadores. Martín Coronado, al terminar su período presidencial, en Julio de 1878, en el que fué sustituído por Carballido, decía refiriéndose a esta empresa: "La obra fundamental de la Academia, el *Diccionario de Argentinismos*, tiene ya cuatro mil voces definidas y más de dos mil en estudio. Este aumento notable sobre el número de voces con que contaba al terminar el anterior período demuestra que la labor del Diccionario se ha continuado con empeño, y que puede esperarse verlo pronto en estado de dar a la prensa su primera edición". ¿Qué se ha hecho todo ese trabajo, que debe

ser tan curioso como interesante? ¿En qué manos se encuentra hoy el manuscrito de esas cuatro mil voces estudiadas? No sabría decirlo, y es en verdad deplorable que ellas no sirvan como base para estudios filológicos, serios y detenidos.

Por lo demás, la *Academia Argentina* no se limitaba a este género de trabajos. En su sello se leían estas tres grandes palabras: *Artes, Ciencias, Letras*. Ventura Linch dotaba su museo de dos cuadros que hoy vería con el mayor placer, representando "Un episodio de la batalla de Santa Rosa" y "Los últimos momentos del Doctor Alsina"; Correa Morales remitía algunos hermosos bustos de Florencia; Eduardo L. Holmberg, Enrique Linch Arribálzaga, Atanasio Quiroga, Luis J. Fontana, etc., presentaban a la sección científica trabajos sobre los *aránidos*, los mutílidos del Baradero, catálogos sistemáticos de plantas indígenas y exóticas, etc., etc. La producción intelectual de algunos académicos era además considerable y honrosa: Uriarte presentaba sus *Elementos de Literatura*, Holmberg escribía una *Colección de cuentos fantásticos*, Heredia traducía el *Mazzepa* de Byron, Frejeiro daba a luz su *Compendio de Historia Argentina* y su *Estudio biográfico sobre Don Bernardo de Monteagudo*.

La *Academia* penetraba también en otro género de terrenos, con una ingenuidad adorable, y se empeñaba en crear nada menos que el arte nacional, la literatura nacional y hasta el Teatro Nacional, dramático y lírico. "Ha ayudado con todos los medios a su alcance, dice la *Memoria* de Coronado, a los que han querido dar formas prácticas a la idea, ofreciendo su cooperación a las empresas de teatros y dando a la escena tres dramas de sus miembros, en el espacio de un año... Las aspiraciones de la Academia no se detendrán por cierto en el drama.

en cuanto se refiere al teatro; sus miras son más vastas, y *actualmente se agita en ella el pensamiento de ensayar la ópera nacional,* para lo cual cuenta con un núcleo de compositores argentinos"...

¿Necesito decir que todos estos bellos sueños, como los de la lechera de la fábula, se convirtieron en humo? ¡Ah! demasiado lo sabemos. Ha pasado una década y el problema insoluble del teatro nacional ha sido resuelto por un payaso con instinto y temperamento de actor, que ha transformado la insulsa pantomima de su circo en una serie de cuadros dramáticos que retratan la vida de un bandido legendario. Como un supremo sarcasmo a la inteligencia y al arte, *Juan Moreira* ha logrado lo que no pudo conseguir Coronado con *La Rosa Blanca* o *Luz de luna y luz de incendio.*

La tendencia a *nacionalizar* la literatura y el arte, que predominaba en la mayor parte de los miembros de la *Academia Argentina,* estaba en oposición con los gustos y la educación completamente extranjera de los socios del *Círculo Científico Literario.* Nunca existió, por eso, una franca simpatía, entre ambas asociaciones intelectuales, compuesta la primera de jóvenes de mayor edad y reposo intelectual y la segunda de muchachos turbulentos y entusiastas que exageraban fácilmente los odios y las rivalidades de escuelas disidentes. Es necesario decir hoy con franqeza que aquellos nos llevaban inmensas ventajas y que algunos de ellos como Obligado, Coronado, Uriarte, etc., eran, comparados con nosotros, literatos hechos, espíritus maduros y reflexivos.

En aquella época vivía Rafael Obligado en el tercer piso de la casa situada en la esquina de Tacuarí y Rivadavia. Después de terminar la trabajosa ascensión de la escalera de madera, en forma de caracol, que llevaba al departamento del poeta,

se penetraba en un corredor y doblando a la derecha llegaba uno a las habitaciones ocupadas por éste. No brillaban ni por el lujo ni por el confort. Nos reuníamos en una sala alfombrada, con pocos libros, pues la Biblioteca estaba en otro piso, algunas sillas y sillones de esterilla y una mesa escritorio, arrimada a la pared en uno de los rincones de la pieza. Obligado había elegido aquel alojamiento por estar más independiente de su familia, a quien sin duda no debía llenar de delicias la invasión periódica e incesante de "hombres de letras" que convertían aquel recinto en una sucursal del Parnaso. Por nuestra parte, usábamos de la libertad para emborracharnos a nuestro gusto de ideal y de poesía, y extasiarnos sin límite y sin medida delante de nuestras mutuas producciones.

Allí se sostenían teorías artísticas de alto coturno, se discutían personalidades literarias del país y del extranjero, se hablaba con elogio o con acritud del último libro aparecido, y del último acontecimiento público, se leían versos propios y ajenos; en suma, se pasaban deliciosos momentos de expansión fraternal y de cambio de ideas, sin que jamás una nota áspera o discordante turbara la cultura y la buena amistad de aquel conjunto armonioso. Un gallego que oía nuestras elucubraciones, con ojos espantados de admiración y de envidia, hacía circular el mate, como un autómata, desde las ocho hasta las doce de la noche. He visto últimamente con sentimiento que la infusión criolla ha sido destituída por Obligado para reemplazarla por el prosaico té, las vulgares copas de Jérez y de Oporto, y otras invenciones europeas. En aquella época hubiera rechazado el cambio con indignación. Por lo demás, es la única claudicación de que pueda reprocharse el cantor de *América* y *Echeverría.* Se fumaba de una manera formidable; y en medio de

aquella atmósfera ahumada, que velaba como una bruma londonense las lenguas de víbora de los mecheros de gas, la imaginación parecía exaltarse, la inteligencia brillaba con más fulgor, y el choque de las opiniones diversas aumentaba la inspiración de aquellas pláticas inolvidables.

Durante todo un año, sin faltar una sola noche, nos encontrábamos allí un grupo de amigos que se renovaba, pero cuya base inconmovible estaba formada por Obligado, Coronado, Frejeiro, Uriarte y yo. Los demás miembros de la *Academia* iban a menudo, pero con intermitencias. Para Coronado, especialmente, la visita diaria a casa de Obligado era una especie de función vital como el comer y el dormir. Por desgracia, vinieron las agitaciones del año 80. Nuestra eterna política casera caldeó la atmósfera hasta un grado insostenible. Vinculaciones de amistad y de gratitud, que no desoyen jamás las almas bien nacidas, nos llevaban a algunos al campo donde no se encontraban los demás. Coronado, que tenía un corazón dulce y un carácter de paloma, se convenció que debía convertirse en un Tamerlán literario para combatir a los que entonces se llamaban los "bárbaros del Norte". Una noche, que precedió en pocas semanas a la tragedia deplorable, cuyo acto final fué la batalla de los Corrales, nos recitó la primer estrofa de un brulote guerrero con que quería azotar el rostro de sus enemigos: *Nous l'avons eu, votre Rhin allemand.* Creo que nunca pasó de esa primer estrofa; y hasta apostaría a que su mismo autor se sorprenderá al encontrarla, si llegan a sus manos estas páginas fugaces. Pero la conservo en la memoria y quiero transcribirla como un recuerdo de la exaltación de aquellos momentos de fiebre. La composición empezaba:

¿Aun Buenos Aires callas?
¿Aun sufres en silencio, patria mía,
Buenos Aires, titán de las batallas,
El insulto de todas las canallas
Que te han dado el asalto de la orgía?...

Si este era el principio, no es difícil suponer cuál sería la conclusión. Por mi parte, aunque nunca he sido apasionado por la política, militaba en filas opuestas, y protesté enérgicamente. Más tarde, Coronado fundó *El Correo Americano,* periódico de que debió excluir el examen de los temas de actualidad, pero en el cual dió rienda suelta a sus entusiasmos de partidista, y en la volteada cayeron amigos queridos. La medida estaba colmada; resolví tomar pronta y ejemplar venganza; y para probar a Coronado la injusticia de sus ataques y la grandeza de nuestra causa, escribí un artículo en el que... hice la caricatura de su bello talento de poeta y la sátira de sus dramas. ¡Admirable lógica juvenil, de que hoy mismo me maravillo! Lo peor de todo es que cometía a sabiendas una mala acción; pues, en el fondo, admiraba como poeta a Coronado. Pero era necesario encontrar un punto vulnerable y lo busqué en la *verruga* de que habla Larra.

Las agitaciones políticas fueron, pues, un enérgico disolvente para nuestras dulces y gratas reuniones amistosas. Ignoro si, después de terminada la contienda, continuaron con igual constancia, pero creo que no. En todo caso, con la entrada de nuevos elementos, debió perderse aquella armonía de nuestro elenco, aquella semejanza de propósitos e ideales que nos movían a todos y hacía que nos comprendiéramos a media voz. ¡Ah! Cuántos errores de sentimiento, y cuántas bellezas morales de afección y de respeto mutuo, desperdicia la juventud cuando siente su corazón invadido por el ardor

de la pasión que nubla las más claras inteligencias! ¡Cuántas injusticias me recuerda el pasado, y me obligan a decir, como el ardoroso polemista Pontmartin, que acaba de morir en Francia, en uno de sus más bellos artículos, estas palabras que reflejan mi estado moral al escribir estos recuerdos: "¿Por qué no confesarlo? Me siento invadido, desde hace algún tiempo, por una nostalgia de paz, de imparcialidad y de justicia, de la cual uno no puede escaparse, a medida que avanza, que se ve más cerca del fin, que las ilusiones se disipan, que las pasiones se calman, que las heridas se cicatrizan. No se trata, bien entendido, de sacrificar convicciones, opiniones o recuerdos. Se les salvaguarda mejor, al contrario, desprendiéndolos de todo contacto con los resentimientos del amor propio y las cuestiones personales. ¿Qué quedará ¡gran Dios! de esas querellas que divierten al público a nuestra expensa, y que devora el olvido del día siguiente, cuando aun conservan el calor colérico de la víspera?"

XXXI

Los poetas maestros de la *Academia Argentina*, lo he dicho ya, eran Martín Coronado y Rafael Obligado. Una tendencia igual los llevaba por la misma senda y los hacía buscar idénticas inspiraciones. Se proclamaban discípulos de Echeverría; su evangelio literario era *La Cautiva*. Sin embargo, sus organizaciones poéticas tienen diferencias radicales de expresión y de índole, que dan a cada uno de ellos una fisonomía propia y una originalidad personal. Coronado es más violento, apasionado, más mezclado a la lucha de las ideas y los sentimientos modernos. Su estilo verboso, elocuente, lleno de lirismo y de fulguraciones, se presta para los cantos de alto vuelo y de corte majestuoso. Rafael Obligado, por el contrario, es el poeta de la suavidad y de la penumbra. Su frase trémula y tranquila brota impregnada de unción y de dulzura. La nota brillante de la epopeya resuena raras veces en su lira. Un encanto íntimo y misterioso se desprende de la música de sus versos soñolientos. Es el poeta del hogar, de los paisajes tranquilos del Delta del Paraná, en cuyos brazos sinuosos, sombreados por las ramas desfallecientes del sauce, resbala la canoa del isleño, en medio de la soledad y el silencio, que interrumpe apenas el golpe pausado de los remos.

Los ensayos dramáticos de Coronado, a pesar de